

# PERRY MASON



EL CASO DEL TARTAMUDO

*Erle  
Stanley  
Gardner*

Cuando un obispo tartamudo recurre a Perry Mason en busca de ayuda, Mason se ve envuelto en una batalla por los bienes de Renwold Bronwley. La muerte de éste y las sospechas de que su nieta y principal heredera no lo sea realmente, complican el asunto. La clave del enigma reside en el obispo que, por desgracia, ha desaparecido.

## Guía del Lector

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:*

**BIXLER Gordon:** Deportista, propietario del yate *Resolute*.

**BURGER:** Fiscal del distrito.

**BRANNER Julia:** Viuda de Oscar Brownley.

**BROWNLEY Janice:** Nieta de Renwold.

**BRONWLEY Philip:** También nieto de Renwold.

**BRONWLEY Renwold:** Millonario, anciano abuelo de Janice y Philip.

**COULTER Harry:** Agente al servicio de la Agencia Drake.

**DRAKE Paul:** Director-jefe de la Agencia de Detectives Drake.

**KENWOOD Stella:** Amiga de Julia Branner, con la que convive.

**KNOX:** Juez del distrito.

**MALLORY William:** Obispo de la iglesia anglicana de Sydney Australia.

**MASON Perry:** Célebre abogado criminalista, protagonista de esta novela.

**PAULEY Jim:** Detective del Hotel Regal.

**SACKS Peter:** Un detective privado nada recomendable.

**SEATON Janice:** Enfermera.

**SHOEMAKER George:** Inteligente representante del fiscal.

**STOCKTON Víctor:** Detective privado.

**STREET Della:** Inteligente y bella secretaria de Perry Mason.

**WINTERS Jack:** Chófer taxista.

## Capítulo 1

La mirada de Perry Mason se fijó duramente en la figura que se detuvo, vacilante, en el umbral de su despacho particular.

—Pase, señor obispo —dijo.

La fornida figura, vestida con un traje negro, bastante suelto, inclinóse ligeramente y avanzó hacia el sillón que indicaba Perry Mason. Por encima del blanco cuello distintivo de los eclesiásticos, una cara quemada por el sol hacía más visibles los fríos, grises y brillantes ojos. Las cortas piernas terminadas en unos buenos y relucientes zapatos negros, avanzaban con paso firme, pero Mason, observando a aquel hombre, comprendió que sus piernas le llevarían con la misma firmeza a la silla eléctrica, si era necesario.

El obispo se sentó y volvió el rostro hacia el abogado.

—¿Un cigarrillo? —invitó Mason, acercando una caja a su visitante.

El obispo alargó una mano hacia los cigarrillos, luego se contuvo, y dijo:

—He estado fumando cigarrillos durante una hora. Dos chupadas y t-t-t-terminados.

Cuando sus labios empezaron a temblar en la modulación de la última palabra, el visitante guardó silencio durante dos hondas aspiraciones, como si tratara de dominarse. Cuando volvió a hablar lo hizo firmemente, preguntando:

—¿Tiene usted inconveniente en que encienda mi pipa?

—En absoluto —respondió Mason, notando que la pipa que sacaba el obispo era tan maciza como él mismo—. Me ha dicho mi secretaria —prosiguió— que es usted el obispo

William Mallory, de Sydney, Australia, y que desea verme sobre un caso de homicidio casual.

El obispo Mallory asintió, extrajo del bolsillo una petaca de cuero, llenó de fragante tabaco la cazoleta de la pipa, apretó firmemente los dientes en la boquilla y encendió una cerilla. Observándole, Mason se preguntó si el hombre sostenía la cerilla con ambas manos o si lo hacía por costumbre de proteger la llama del viento.

Mientras la vacilante llamita iluminaba la despejada frente del obispo, y sus salientes pómulos y firme barbilla, los ojos de Mason se entornaron en meditativo escrutinio.

—Continúe —dijo.

El obispo lanzó unas cuantas bocanadas de humo. No era de esos hombres que se agitan nerviosos en su asiento, pero sus modales indicaban a las claras profunda inquietud mental.

—Temo que mis conocimientos de leyes sean un poco deficientes —dijo Mallory—. De todas formas, me gustaría conocer cuáles son las limitaciones en un caso de homicidio casual.

Al tartamudear por segunda vez, apretó los dientes sobre la boquilla de la pipa, y la rapidez con que lanzó las columnas de humo evidenciaban su nerviosismo y la irritación que le producía el defecto de su habla.

—En este Estado tenemos lo que se llama un estatuto de limitaciones —dijo Mason, lentamente—. Todos los delitos, excepto el asesinato y el desfalco de bienes públicos, o la falsificación de valores, deben ser juzgados dentro de los tres años siguientes a la comisión del delito.

—¿Y si la persona que cometió el delito no puede ser hallada? —preguntó el obispo Mallory, y sus grises ojos miraron fijamente al abogado, a través de la azul neblina del humo de su pipa.

—Si el acusado se halla fuera del Estado, el tiempo que permanece fuera del mismo no se cuenta.

El obispo esquivó a toda prisa la mirada de Mason, pero no lo hizo tan rápidamente que el abogado no pudiera ver la decepción que se pintó en sus ojos.

Perry continuó hablando suave y fácilmente, en la forma de un médico que procura calmar el nerviosismo de un enfermo antes de proceder a la operación.

—Como usted comprenderá, a un acusado le es muy difícil, tres años después del suceso, hallar los testigos y las pruebas necesarias para su defensa, del mismo modo que le resulta también difícil a la acusación hallar las pruebas que le hacen falta. Por tal motivo, en todos los delitos, excepto en aquéllos de mayor importancia, la Ley fija ese límite. Existe esa limitación legal, pero al mismo tiempo hay también una limitación práctica. Por lo tanto, si bien un fiscal puede, legalmente, llevar a los tribunales a un criminal, vacilará sin duda de hacerlo después de haber transcurrido un lapso de varios años.

Durante los siguientes minutos de silencio, el obispo pareció buscar en su cerebro las palabras necesarias para exponer su idea. El abogado sacó la explicación adelante soltando una carcajada y diciendo:

—Al fin y al cabo, el cliente que consulta a un abogado está en la misma situación que el enfermo que acude al médico. Vale más que me diga toda la verdad en vez de andarse por las ramas con preguntas abstractas.

El obispo preguntó, ansiosamente:

—¿Quiere usted decir que si hace veinticuatro años que se cometió un delito, el fiscal no se atrevería a p-p-p-presentar la acusación aunque el acusado hubiera permanecido fuera del lugar?

Y esta vez era tan grande el ansia con que esperaba la respuesta, que no mostró ningún embarazo por el impedimento que se manifestaba en su hablar.

—Lo que usted considera homicidio casual puede ser considerado como asesinato por el fiscal.

—No, se trata de homicidio. Se dictó orden de detención, pero no pudo cumplirse porque la persona se alejó del país.

—¿Cuáles fueron las circunstancias?

—Una persona que conducía un automóvil y atropelló a otro vehículo. Se dijo que ella... esa p-p-persona... estaba borracha.

—¿Hace veintidós años? —preguntó Mason.

El obispo asintió.

—No había muchos casos de éstos hace veintidós años —observó Mason, estudiando las facciones de su visitante con atención.

—Lo sé —declaró el obispo—; pero eso ocurrió en una de las regiones apartadas, donde el fiscal del distrito era... muy celoso cumplidor de su deber.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que trató de aprovecharse de todos los asideros que le ofrecía la Ley.

Mason asintió y dijo:

—¿Fue usted, por casualidad, el acusado, señor Mallo-ry?

La expresión de sorpresa era indudablemente genuina.

—Entonces estaba yo en Australia —dijo.

—Veintidós años son muchos años hasta para un celoso fiscal —dijo Perry, observando al obispo por entre los entornados párpados—. Y lo más importante es que los fiscales del distrito llegan y se van. Sin duda, en los últimos veintidós años ha habido numerosísimos cambios políticos en el Estado a que usted se refiere.

El obispo asintió, abstraído, como si los cambios políticos tuvieran muy poco que ver con la cuestión que se debatía.

—Por lo tanto, desde el momento en que se encuentra usted aún interesado por ese caso, deduzco que detrás de él hay algo más que un celoso fiscal —dijo Mason.

Los ojos del obispo Mallory se desorbitaron. Miró a Perry Mason y comentó:

—Es usted m-m-m-muy inteligente, señor abogado.

Mason aguardó en silencio unos segundos antes de decir:

—Será mejor que me explique usted el resto de la historia.

El obispo fumó unos instantes, y al fin dijo:

—¿Acepta usted casos sobre la base de cobrar sólo si gana el pleito?

—A veces.

—¿Lucharía usted, por un pobre, contra un millonario?

—Por un cliente lucharía con el mismo diablo —afirmó duramente Mason.

Durante unos segundos el obispo permaneció callado, como buscando la manera más adecuada de iniciar la confidencia. Por fin abarcó con la mano toda la cazoleta de la pipa y preguntó:

—¿Conoce a Renwold C. Brownley?

—He oído hablar de él —replicó Mason.

—¿Ha hecho alguna vez algún trabajo para él...? Quiero decir que si es usted su abogado.

—No.

—Será usted consultado para un caso contra Renwold C. Brownley. Hay mucho dinero envuelto en ello. No sé cuánto. Tal vez un millón, acaso más. Si quiere hacerse cargo de ese caso, ha de ser con la perspectiva de que si gana cobrará unos honorarios enormes, dos o trescientos mil dólares. Le advierto que Brownley va a s-s-s-er difícil de manejar. Habrá que luchar con toda el alma. Protegerá usted los derechos de una mujer con quien se ha cometido una terrible injusticia. Y el único medio que tiene usted de ganar el proceso es mediante mi declaración como testigo.

La mirada de Mason se hizo dura y cauta.

—¿Entonces qué? —preguntó.

El obispo Mallory movió negativamente la cabeza.

—No confunda usted mis intenciones. No pido nada para mí. No pido nada. Sólo quiero que se haga justicia. Ahora bien, si he de figurar como testigo en el proceso, el valor de mi declaración se reducirá mucho si se comprobase que, de antemano, me había inclinado hacia una de las partes. ¿No es así?

—Puede ser —admitió Mason.

El obispo colocó entre sus dientes la curvada boquilla de la pipa, apretó el tabaco en la cazoleta con el pulgar, movió la cabeza, pensativo, y dijo:

—Eso mismo creo yo.

Mason permaneció en meditativo silencio un buen rato.

—Por lo tanto, no quiero que nadie sepa que he estado aquí —prosiguió Mallory—. Claro que si me lo preguntasen no mentiría al contestar. Si cuando comparezca ante el tribunal a declarar como testigo se me pregunta si he tomado un interés personal en el asunto, responderé con arreglo a la verdad, pero sería mejor para todos que tales preguntas no llegasen a hacerse.

»Dentro de una hora volveré a visitarle. Entonces le presentaré a las personas interesadas. Sus declaraciones le parecerán increíbles, pero serán ciertas. Es el caso de un hombre muy rico que ha sido muy despiadado e injusto.

»Después de esta entrevista —continuó el obispo—, desapareceré y no volveré a tener contacto con usted hasta que me encuentre y me lleve al tribunal como testigo. Y tendrá usted que ser muy listo para encontrarme, señor Mason. Sin embargo, creo que puedo confiar absolutamente en usted para ello.

El obispo movió la cabeza, plenamente satisfecho con la situación. Se puso bruscamente en pie y, atravesando el despacho, abrió la puerta que conducía al pasillo y, volviéndose para saludar a Mason, cerró luego la puerta.

Della Street, la secretaria de Mason, salió del despacho, donde había estado tomando nota de la conversación, y preguntó:

—¿Qué le parece a usted eso, jefe?

Mason, de pie en el centro de su despacho, con las piernas bien abiertas y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, clavó la vista en la alfombra.

—¡Qué me aspen si lo sé!

—¿Qué le parece el hombre?

—Si es un obispo, es muy humano; ningún envaramiento en su ropa, una pipa curva, y todo el aspecto de un hombre de mundo de amplios horizontes. Fíjese en que dijo que no mentiría si le preguntaban ciertas cosas, pero eso lo dijo para evitar que yo se lo preguntase.

—¿Por qué dice *si* es un obispo? —preguntó Della Street.

Lentamente, Mason contestó:

—Los obispos no tartamudean.

—¿Qué quiere decir?

—Los obispos han de ser buenos oradores, pues tienen que hablar continuamente en público. Ahora bien, un tartamudo no podrá nunca llegar a clérigo, como tampoco podría ser abogado. Pero si se diera el caso de un clérigo que tartamudease, puede estar segura de que jamás llegaría a obispo.

—Comprendo. Entonces usted cre...

Della se interrumpió, mirando fijamente a su jefe.

Éste asintió con la cabeza.

—Puede que el hombre sea un audaz impostor. Por otra parte, puede ser un obispo que ha sufrido una conmoción de resultas de la cual ha empezado a tartamudear.

—Oiga, jefe —intervino Della Street—. Si va a aceptar como buena la palabra de ese hombre y está dispuesto a atacar a un personaje como Renwold C. Brownley, será mejor que antes averigüe si es realmente un obispo o un impostor. Podría hacer que las cosas variaran mucho.

Mason asintió, replicando:

—Eso era, exactamente, lo que pensaba hacer. Llame a la Agencia Drake y dígame a Paul que deje todo cuanto ten-

ga entre manos y acuda en seguida a mi despacho.

## Capítulo 2

Paul Drake, jefe de la Agencia Drake de Detectives, giró en el profundo sillón de cuero, apoyando la espalda sobre uno de los brazos y pasando las piernas por encima del otro. Miró con ojos vidriosos e inexpresivos a Mason, que paseaba de un lado a otro de su despacho con los pulgares metidos en las sisas del chaleco, mientras iba lanzando palabras por encima del hombro.

—Me ha consultado un obispo de la Iglesia Anglicana que dice ser William Mallory, de Sydney, Australia. Es un hombre de pocas palabras y con aspecto de haber vivido mucho al aire libre... ¿Entiendes lo que quiero decir? La piel quemada por el sol y el viento... No sé cuándo ha llegado. Quiere informarse acerca de un homicidio causal motivado por conducir estando borracho que tuvo lugar hace veintidós años en una población del Oeste.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Drake.

—Representa unos cincuenta y tres o cincuenta y cinco años, mide un metro sesenta o metro sesenta y cinco, pesará de ochenta y cinco a noventa kilos, viste de negro, como los eclesiásticos, con el cuello al revés, fuma preferiblemente en pipa, de cuando en cuando algún cigarrillo, ojos grises, cabello oscuro y espeso pero blanqueando en los aldares. Parece un hombre inteligente, y tartamudea a ratos.

—¿Tartamudea? —preguntó Drake.

—Sí.

—¿Quieres decir que es un obispo y que tartamudea?

—Eso mismo.

—Los obispos no tartamudean, Perry.

—Ahí está el quid. Ese tartamudeo debe de ser cosa reciente, debida sin duda a alguna emoción violenta. Me interesa saber qué emoción es ésa.

—¿Cómo se toma el tartamudeo? —preguntó Drake—. Quiero decir que ¿cómo obra cuando tartamudea?

—Pues como el jugador de golf cuando le falla a la bola.

—No me gusta nada eso, Perry —declaró el detective—. Me parece que ahí hay trampa. ¿Cómo sabes que es un obispo? ¿Aceptas como buena su palabra?

—Claro.

—Será mejor que me dejes comprobar la verdad de todo eso.

—Para eso te he llamado, Paul. El obispo se pondrá en contacto conmigo dentro de una hora. Entonces tendré que decir si acepto o no un caso en el que va envuelta una gran suma de dinero. Si el obispo es de fiar, me siento inclinado a decir que sí. Si es un tramposo, diré que no.

—¿Qué caso es?

—Lo que te voy a decir es estrictamente confidencial. Envuelve a Renwold C. Brownley, y si sale bien, los honorarios se contarán por cientos de miles.

El detective lanzó un silbido.

—Entre otras cosas envuelve un caso de homicidio casual motivado por conducir estando borracho. La cosa sucedió hace veintidós años.

El detective arqueó las cejas.

—En aquellos tiempos no eran muchos los borrachos que conducían coches —siguió Mason—. Además, la cosa ocurrió hacia el Oeste. Quiero saber la verdad lo más pronto posible. Pon unos cuantos hombres a trabajar en el asunto. Que examinen las regiones de Orange County, San Bernardino, Riverside, Kern y Ventura. Creo que la acusada es una mujer. Examina bien los archivos y ve si hay algún caso de homicidio en esas condiciones hacia el año catorce. Ha

de ser un caso en que la acusada sea una mujer y que, además, no haya sido jamás resuelto.

»Cablegrafía a tus corresponsales de Sydney y averigua todo cuanto puedas acerca del obispo Mallory. Comprueba las llegadas de barcos y entérate de cuándo desembarcó Mallory en California y lo que hizo desde entonces. Investiga en los principales hoteles y ve si hallas registrado en alguno de ellos al obispo. Mete en el asunto a todos los hombres que necesites, pero dame resultados, y pronto. ¡Quiero actividad!

Drake lanzó un lúgubre suspiro y replicó:

—¡Ya veo que necesitas actividad! ¡Quieres que se haga en sesenta minutos el trabajo de una semana!

Mason no replicó y continuó, como si no hubiera oído la interrupción:

—Me interesa, sobre todo, saber con quién se relaciona. Ponle lo antes posible vigilancia y que sigan a todos aquellos que le visiten.

Drake se puso en pie.

—Está bien, Perry —dijo—. Empiezo ahora mismo a trabajar.

Al llegar a la puerta, el detective se volvió, añadiendo:

—¿Qué harás si descubro que ese hombre es una pura trampa? ¿Se lo dirás?

—De ninguna manera. Le haré el juego para ver hacia dónde va y qué se esconde detrás de la falsificación.

—Apuesto lo que quieras a que es trampa.

—Su cara me parece honrada —declaró Perry.

—La mayoría de los sinvergüenzas la tienen así. Por eso prosperan en sus negocios.

—Bueno —replicó secamente Mason—. No es tan extraordinario que un obispo tenga la cara de un hombre honrado. Vete al diablo y trabaja pronto.

Drake siguió sin moverse.

—No aceptas mi apuesta, ¿eh, Perry?

Mason echó mano a su pesado libro de Leyes, dispuesto a utilizarlo como proyectil, y el detective se apresuró a cerrar la puerta.

Sonó el teléfono y la voz de Della Street anunció:

—Jefe, aquí hay un conductor de taxi. Creo que es mejor que hable usted con él.

—¿Un conductor de taxi?

—Sí.

—¿Qué diablos quiere?

—Dinero.

—¿Y cree que debo verle, Della?

—Sí.

—¿No puede decirme por teléfono de qué se trata?

—Creo que es mejor que no lo haga.

—¿Es que está donde puede oír lo que usted dice?

—Sí.

—Está bien, que entre.

Apenas había colgado Mason el teléfono cuando se abrió la puerta y Della Street hizo pasar a un humilde pero insistente chófer de taxi.

—Este hombre trajo a la oficina al obispo Mallory —dijo.

El chófer movió afirmativamente la cabeza y explicó:

—Me pidió que esperase frente a esta casa, pero un policía me hizo marchar hacia un puesto de estacionamiento. Ha pasado un rato y no he visto aparecer a mi hombre, y el contador marca muy de prisa. Entonces vine y pregunté al del ascensor. Por casualidad se acordaba de mi hombre y dijo que había preguntado dónde estaba la oficina de usted; por lo tanto, aquí estoy. Era un hombre que parecía un pastor; con el cuello al revés, de unos cincuenta y cinco años.

—¿No ha salido del edificio? —preguntó interesado Mason.

—Yo no lo he visto salir, y eso que he estado vigilando; y el del ascensor dice también que no le vio salir, porque lo